



## Historia de una pasión

Carmen Ruiz Navarro

Carmen Ruiz ha sido maestra en el C.P. Obispo Osio de Córdoba desde 1977. El texto que publicamos nos permite compartir breves destellos de su memoria como educadora y luchadora por una Escuela Pública "abierta, plural, inserta en su medio y comprometida críticamente con su momento histórico", en la tradición más hermosa de la *Institución Libre de Enseñanza*. Fueron palabras para el Homenaje que la Delegación de Educación ofreció a las maestras y maestros jubilados durante este inicio de milenio. Pero el tiempo de seguir enseñando y aprendiendo, compartiendo camino, no ha concluido, porque quienes viven apasionadamente dejan el aire que respiramos lleno de esperanza y de fuerza para hacernos mejores.

Como decía Pablo Freire, el educador que murió aprendiendo: **Somos andando**. La verdad está en el viaje, no en el puerto. No hay más verdad que la búsqueda de la verdad.

*Eduardo Galeano*

PORTO ALEGRE: Otro mundo es posible

Cuando, hace varios días, me llamaron para decirme si quería hablar en representación de las maestras y maestros en este acto de homenaje a quienes nos hemos jubilado en estas fechas del paso de Milenio; un revoltijo de sensaciones contrapuestas me recorrió entera. Me afloraron en relumbrón, desde ese rincón del alma donde guardamos las penas y alegrías que el amor nos causa, imágenes de casi cuarenta años de mi vida. Envuelta en ese cúmulo de sentimientos, y sin pensarlo siquiera, acepté y agradecí que me honrasen con esta invitación, pues me va a permitir balbucear ante, y con, vosotras y vosotros, mi pasión de amor con la Escuela Pública. ¡Gracias!

Después, cuando me percaté de a lo que me había comprometido, me entraron los temblores.

¿Qué digo?. ¿Cómo contaros lo que quiero?. ¿Cómo nombrar una pasión cuando aún se vive en ella?...

*Pues... ¡Habla desde la pasión!*, me respondí en ese diálogo, o coloquio, que sin cesar mantienen los sentires que me habitan. Al fin y al cabo, quienes ahora aquí estamos tenemos en común nada más y nada menos que cuarenta años de nuestra historia –cuarenta años claves de la Historia más densa de la Humanidad!– dedicados a la Educación.



Fotografías: Actividades en el C.P. Obispo Osio



Fotografía: Luz González

Llegamos a una Escuela Nacional segregada, espejo de una sociedad española rota; niñas por un lado y niños por otro. Edificios separados, distintos contenidos, expectativas discriminatorias que cimientan los modelos de hombres y mujeres que el régimen autoritario necesitaba para mantener su dictadura contra una España amordazada aún por el miedo y tan carente de libertad.

Afortunadamente pronto descubrí que existían corrientes subterráneas, porque la vida, como el agua, es incontenible y busca impenitentemente resquicios por los que seguir fluyendo. Y la escuela, o es vida o no es escuela. Así entonces, surge mi compromiso consciente con la Escuela Pública, y aquí conecto con compañeras y compañeros empeñados en el mismo sueño.

Vivimos, allá por los años sesenta del pasado siglo, los Planes de Desarrollo, la emigración de nuestra gente del Sur para ganarse la vida allá donde mejores oportunidades había y, con esto y más, la necesidad de otra escuela que se adaptara a las nuevas exigencias. La Ley General de Educación de los últimos resuellos del tardofranquismo, implantó la Escuela Mixta, el Trabajo en Equipo, los Cursosillos de Especialización para impartir clase en la Segunda Etapa, la Evaluación Continuada... y, de golpe y porrazo, de maestros, pasamos a ser profesores de Educación General Básica, por decreto. Unos diez años

después —cuando ya, ¡por fin!, otros vientos soplaban en nuestra historia—, entre huelgas masivas, con listas interminables de reivindicaciones en las que nos iba la vida, y asambleas tumultuosas, también por decreto, nuestra escuela se hizo “democrática”: ¿El mismo perro con distinto collar?. Es decir, ¿el viejo lema de los poderes de que todo cambie para que todo siga igual?...

Y aquí estamos hoy, tras la implantación progresiva de la LOGSE, con tantos asuntos básicos aún sin resolver y ante el clima cada vez más voceado de que la Escuela Pública está para la declaración de estado de ruina.

Nos vamos. Este acto es el reconocimiento a nuestro oficio de maestra, maestro, ya acabado en el tiempo pero no en las huellas con que a cada cual nos ha marcado.

Muchos han sido los momentos de preocupación, de desvelos, de búsqueda de métodos adecuados para conseguir tal o cual objetivo, de dudas a la hora de la evaluación, de impotencia ante nuestra incapacidad para que tal o cual alumna, alumno despegue...; de falta de medios, de recursos necesarios que no llegan, de conflictos con la Administración, entre compañeros, con los padres... Pero nadie podrá quitarnos el placer de tantos ojos de par en par por la fascinada sorpresa ante los descubrimientos, la confian-

za ciega depositada en nosotros, en nosotras, las manifestaciones de cariño, que en muchos casos permanecen indelebles, la satisfacción de ver cómo les crecen las alas y vuelan por sí mismos quienes dieran, con nuestra ayuda, los primeros pasos en el deslumbramiento del conocimiento... Aunque tampoco el dolor por aquellos, ¡tantos!, a quienes se las quiebran antes de que puedan, ni siquiera, ensayar el vuelo...

Finalizo aprovechándome de la intimidad del encuentro entre viajeros que coincidimos en un punto: nuestro oficio de educar, aunque después cada quien continuamos nuestro propio camino... Permittedme la confianza de contaros un cuento, una historia que, singularizando unas inquietudes comunes, tramó y sigue tramando a una barriada de Córdoba con un grupo de maestras y maestros en un proyecto de Escuela Pública que engarza con la mejor tradición pedagógica de las Españas. Me refiero, claro es, a la *Institución Libre de Enseñanza*, modelo de escuela abierta, plural, inserta en su medio y comprometida críticamente con su momento histórico.

Érase una vez, hace ya muchos años, en un hermoso lugar de esta ciudad al pie mismo de la Sierra Morena, un barrio de pequeñas casitas de cartón-piedra. Los años, muchos más de los previstos en su precinto de garantía, habían ido deteriorando los aislantes, y, por más que los vecinos mimaran sus casitas pintándolas de bonitos colores, convirtiendo los arria-

tes de las fachadas y los patios en jardincillos multicolores y bienolientes, no podían evitar que el frío, el calor, la lluvia y los vientos traspasaran las delgadas paredes de papel y que ratones, ratas y otros animales indeseados invadieran los espacios que el deterioro iba dejando en basura.

En sus calles, entre la ropa tendida al sol, el ruido de las escobas limpiando los desagües construidos al aire libre, los viejos sentados al sol o a la sombra, según la época, los parados haciendo sus chapuzas, los jóvenes matando el tiempo que nadie programaba en su favor... miles de niñas y niños aprendían la vida. Una vida para la que sólo contaban con los desechos de los otros o ellos podían apañarse aquí o allá con esa inteligencia y capacidad para la picaresca que la necesidad agudiza hasta extremos insospechados: ¡Más listos que el hambre, vamos!...

Este barrio tenía sus escuelas, la de la iglesia, la de los gitanos, la que ya existía en una zona cercana y la que venía en el mismo lote de las casitas, malhechas de idénticos materiales: dos filas de clases en paralelo separadas por una calle-patio para el recreo. A esta escuela iban quienes no podían o no querían ir a las otras. En realidad ésta era la escuela del barrio.

A esta escuela, en el curso 1977-78, por libre elección que a muchos asombró, llegó un grupo de maestras y maestros con ganas de arrimar sus ánimos a los de hombres y mujeres del barrio con quienes com-



Fotografía: Luz González



Fotografía: Luz González

partían compromisos y sueños de cambios revolucionario. Marchamos hombro con hombro en las manifestaciones y desafiamos las bolas de goma y botes de humo de la policía cuando cortábamos las carreteras para conseguir llamar la atención sobre algunos de los muchos problemas y necesidades del barrio o para frenar los planes que sobre esta zona tenían los que se consideraban dueños de la tierra, del aire y de la vida de quienes los habitan.

Así fue haciéndose realidad un sueño colectivo. Paso a paso fueron entrando las madres y padres en la escuela a la par que los maestros en la vida del barrio. Formamos la *Asociación de Padres y Amigos del Colegio*, conseguimos que el alumnado de Magisterio volviera para hacer las prácticas, que se democratizara el Claustro y cumpliera sus funciones, que funcionara una Junta Económica y creamos un Consejo Escolar donde estaban representados todos los sectores de la Comunidad Educativa, sin olvidar al alumnado.

Y así, durante varios años, en reuniones sin hora, compartiendo sueños, anhelos, conflictos, deseos, luchas, análisis de la realidad; discutiendo modelos y proyectos organizativos y pedagógicos adecuados, alumbramos sobre el papel "Un Proyecto Compensatorio para una Realidad": el proyecto organizativo

para un Colegio Público, "el Obispo Osio", y para una realidad social, "Las Moreras".

Ahora venía lo más difícil: "Su puesta en marcha". Aún no existía "La Compensatoria", pero la Consejería de Educación calificó el proyecto como de *Innovación Educativa* y apostó por él. Dio opción a que quienes no quisieran participar, eligieran otros centros, lo que dejó plazas vacantes a ocupar por quienes presentaran proyectos en sintonía con el del Colegio.

¡Por fin! Un Colegio Público con un proyecto específico, un Claustro entero implicado en el mismo con un compromiso de permanencia y una Comunidad Educativa compacta, ilusionada y dispuesta a no rendirse ante los avatares que la aventura les deparara.

Estos fueron los comienzos de un viaje que aún no ha terminado. Pero eso forma parte de otros cuentos... Los mismos que las historias que cada una de vosotras y vosotros, compañeras, compañeros de escuela, *habéis vivido en vuestras andanzas de enseñantes.*

Si me permitís, quisiera deciros de despedida que doy gracias a la vida por ser maestra y por haber elegido, aquel comienzo de curso, el Colegio Público Obispo Osio.